

EN PUNTO

misterioso el sistema que ha de seguir para mantenerse en la presidencia los tres años que, por lo menos, le quedan.

En cambio, Willy Brandt ha brotado en los últimos meses del año con una fuerza nueva. Pompidou se debate en Francia entre la necesidad política del «continuismo» que le permitió alzarse con la hacienda del General De Gaulle y su partido y la necesidad de ofrecer rasgos de algo nuevo. Es un conservador clásico. Redescubre fórmulas y quiere cabalgar el viejo jamego del anticomunismo. Con su deportivo, elegante y señorial primer ministro Chaban-Delmas forma un «tándem» al que la izquierda acusa de «fascismo». No siquiera de «neofascismo», al que el prelojo da un barniz de novedad restauradora. Pompidou querría repetir la hazaña del que fue su maestro, del viejo General, de situarse fuera del tiempo. No da la talla. Se le compara con Willy Brandt, al otro lado del Rin; Willy Brandt que, precisamente, acaba de desmontar su país del jamego anticomunista que sirvió durante largos años a Adenauer, que aún pudo hacer un trozo de recorrido histórico con Erhard y con Kiesinger. Willy Brandt se abre hacia el Este, dialoga con Moscú sobre la posibilidad de un tratado entre los dos países en que se renuncie a la fuerza como solución de los problemas, trata con Polonia sobre la base de la conservación de las fronteras impuestas por la guerra, busca tratados comerciales con Checoslovaquia, abre su país a las inversiones de capital extranjero —está muy seguro sobre su marco revaluado—, renuncia a la fabricación del arma atómica... Podría ser el hombre del año en política internacional.

Podrá dejar de serlo el año próximo. Podrá quemarse, si no se renueva continuamente. Si se llega a descubrir que sus aperturas son formas y no fondos, si no llegan los frutos dorados de su acción con cierta rapidez.

Naturalmente, no pueden achacarse al consumismo y su psicología peculiar todos estos agotamientos de hombres, hechos, valores. Hay problemas más profundos. Estamos en un mundo donde se han congelado las revoluciones y las guerras a la manera clásica. Se ha llegado a la conclusión materialista de que son imposibles, y a la filosófica de que son falsas soluciones. La dinámica de la vida se ha ido formando, o malformando, a lo largo de la Historia en este choque de la renovación brusca y repentina mediante la rotura violenta de los diques. Se trata hoy de volver por pasiva una frase de Clausewitz que se hizo histórica. Se trata de demostrar que la paz es la continuación de la guerra —o de la revolución— por otros medios. Se trata de demostrar que los diques establecidos por los poderes, por los grupos establecidos y satisfechos, son permeables o, más bien, no son tales diques. Tienen que ofrecer una movilidad continua. Esa movilidad muchas veces no es más que un disfraz, y los disfraces envejecen continuamente. Hay que cambiarlos por otros. Se puede pasar del uniforme al hábito, del hábito a la chistera, se puede agrandar el antifaz, pero las huellas dactilares que sujetan la vida dejan siempre la misma marca. Se puede hablar de que la técnica es una revolución, de que lo es el nuevo economismo, el nuevo cientifismo. Pero el negro americano, y el cholo, y el bantú, y el yoruba, el surmongólico y el eslovaco, sienten la misma mano apretando en su garganta, mientras el televisor les enseña la enorme bota astronáutica levantando el polvillo grisáceo de la Luna.

Mientras tanto, en Occidente, se tiene la inquietante sensación de vivir al día. No es tan grave la orfandad de pasado que denunciaba Ortega —que, por cierto, en otro escrito anterior, de su juventud, era antipasadista: «Amar al pasado es alegrarse de que haya pasado»— como sentirse huérfanos de futuro. En ciertos momentos brillantes de su historia, la humanidad —o los grupos humanos a quienes correspondía esa sensación— se ha sentido de una forma que podríamos denominar, con una imagen inverosímil, hija de su futuro. Ha sabido dónde iba. Se ha comportado como si tuviese noción clara y puntual de cómo iba a ser el porvenir, como si el porvenir ya hubiese sido, ya hubiese estado prefigurado. Ahora, al mismo tiempo que el pasado se precipita en el olvido en un lapso de meses, el futuro está entre nieblas. La pantomima de los gobernantes apenas divierte. Se vive al día.



VALPREDI (ANARQUISTA, DE EXTREMA DERECHA, AUTOR DEL ATENTADO)

TERRORISMO EN ITALIA

¿Se elabora un misterio?

Pino Pinelli, ferroviario, cuarenta y un años, fue detenido por la policía en relación con los atentados de Milán y Roma. La policía informó después que, aprovechando un descuido de los agentes que le vigilaban, se había arrojado por la ventana del lugar de detención y se había suicidado. Los suspicaces han recordado el asesinato oportuno de Oswald en los locales de la policía de Dallas. ¿Hubiera podido el supuesto anarquista Pinelli revelar el origen, la cabeza del acto terrorista? ¿Se suicidó o alguien ha eliminado al «hombre» que sabía demasiado? Poco después, la policía detendría a otro sospechoso, Pietro Valpreda, treinta y un años. Su filiación se hace derivar de «anarquista» a «individualista», que tiene una resonancia parecida. Un testigo asegura que Valpreda estuvo todo el día de los atentados en la cama, con 38 grados de fiebre. Otro asegura que le vio entrar y salir del Banco dinamitado, que cuando entró llevaba una cartera y cuando salió no la tenía. Pero, ¿cuál es la verdadera personalidad política de Valpreda? Se le dice ligado al grupo «22 de marzo». Con respecto a ese grupo, «Paese Sera» —diario próximo a los comunistas— lo considera como «de extrema derecha» y asegura que sus dirigentes proceden del M.S.I. (Movimiento Social Italiano, neofascista, anticomunista, sostenido por el alto capital

para luchar contra la «apertura a izquierda» y el régimen parlamentario). A la inversa, «Il Tempo» mezcla a Valpreda con el «Movimiento estudiantil» y dice que está subvencionado por organizaciones comunistas. «La Stampa» pide tregua, pide que no se adelanten especulaciones y acusaciones que no harían más que envenenar el clima. «No nos anticipemos, no precipitemos las condenas. Sólo la magistratura podrá decir si los indicios que se cargan al anarquista milanés prueban sin lugar a dudas su culpabilidad y cuál fue su papel. Por el momento, todo es aún vago. Experiencias recientes (basta con pensar en el asesinato de John Kennedy) deben hacernos prudentes en la apreciación de pistas y de coincidencias. En Italia no existe el delito de opinión y el código civil o penal es la única limitación a los derechos de la libertad. El país, que ha reaccionado con un admirable equilibrio a la masacre de Milán, pide una legalidad total y no leyes especiales». Una acusación insólita es la del «Observer», de Londres —que en su semana anterior había desvelado la existencia de un complot de extrema derecha en la que estarían mezclados los griegos—, contra el Presidente de la República, Giuseppe Saragat, dice que éste mantiene una «estrategia de la tensión» y que utiliza en favor de su política de «catastrofismo» sucesos



PATIO DE LA JEFATURA DE POLICIA DE MILAN. LA FLECHA SEÑALA LA VENTANA DESDE LA QUE SE ARROJÓ P. FINELLI, SUPUESTO ANARQUISTA

como el terrorismo de Milán y Roma. El artículo ha provocado una nota de protesta de la Embajada de Italia en Londres y una repulsa general en el país, para quien el viejo militante socialdemócrata, hoy Jefe del Estado italiano, es un raro ejemplar de honestidad y objetividad. En la elaboración del misterio terrorista no faltan las clásicas alusiones a un «origen extranjero» de los actos, hecho típico del exorcismo de la sociedad que trata de situar «más allá de sus fronteras» la generación de un acto horrible. Los viajes de policías políticos a Suiza, Francia y Alemania Occiden-

tal alientan la salida de una «conjuración internacional», de una misteriosa organización a gran escala. La «profesionalidad» con que estaban preparados los explosivos y la simultaneidad de la operación ayudan a esa teoría. Se aprovecha para cargarla sobre la juventud, para relacionarla con los acontecimientos estudiantiles de Francia y Alemania Occidental, a los que Rudv Dutschke y Cohn-Bendit dieron un tono anarquizante. El hecho de que ni la edad de los inculcados ni la profesionalidad del delito coincidan con esos movimientos no parece tenerse en cuenta.

U. R. S. S.

EL GENERAL LOCO

El general Piotr Grigorenko fue detenido en febrero de 1964; acusaba a Krutchev de practicar consigo mismo el culto a la personalidad que había reprochado a Stalin. Fue puesto en libertad cuando cayó Krutchev, en 1965, pero fue retirado del Ejército (tiene sesenta y tres años). Grigorenko escribió un

libro en el que examinaba y atacaba la conducta de Stalin en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Cuando se produjo la invasión de Checoslovaquia protestó contra ella. Fue entonces internado en un instituto psiquiátrico de Moscú para ser examinado. Se le envió a Tashkent para nuevos exámenes

metales. En esa ciudad, Grigorenko se presentó en un Tribunal que juzgaba a un grupo de tártaros de Crimea, acusados de haber atacado al Estado soviético. Estos tártaros protestaban de que no se les permitía regresar a Crimea, de donde habían sido desterrados por Stalin. Grigorenko no tuvo oportunidad de intervenir en el proceso. Fue detenido. El dictamen es que está loco: «desarrollo paranoide de su personalidad» y una arteriosclerosis simultánea. Ha sido internado. Al mismo tiempo, en Riga (Leto-

nia) se está realizando el examen psiquiátrico de un ex presidente de granja colectiva, Yajimovich. En febrero de 1968 escribió una carta a Suslov protestando contra los procesos de Galanskov y Ginzburg. A principios de año hizo un llamamiento a los ciudadanos soviéticos para que se solidarizaran con los checos invadidos. Fue detenido. De la cárcel pasa ahora a los servicios psiquiátricos. Cabe preguntarse si en un mundo superrepresivo como el de hoy la oposición no es, en realidad, un acto de demencia.

NUEVAS RELACIONES ENTRE FRANCIA Y MARRUECOS

Un adiós definitivo a Ben Barka

Ben Barka desapareció en París hace cinco años. Se vio cómo se le raptaba, y nunca se supo más de él. Parece indudable que fue asesinado, y algunos periódicos (principalmente «L'Express») publicaron el relato detallado del crimen y acusaron directamente al general Oufkir, ministro del Interior de Marruecos. La justicia francesa, en un humillante proceso en el que demostró su impotencia y la existencia de organizaciones policíacas secretas, condenó a Oufkir a treinta años de prisión, en ausencia del procesado. Marruecos retiró su embajador en París, ultrajado por la condena y las acusaciones. Recíprocamente, Francia retiró su embajador en Rabat, y el general De Gaulle declaró públicamente que no se reanudarían tales relaciones mientras Oufkir siguiera formando parte del Gobierno de Hassan II. Pompidou y Chaban-Delmas han rectificado la opinión de su antecesor.

Marruecos y Francia acaban de nombrar nuevos embajadores mutuos. En la nota no se hace ninguna alusión al motivo que produjo la ruptura. Oufkir sigue siendo ministro del Interior. El nuevo embajador de Marruecos en París es El Glaui, hijo del famoso pachá de Marrakech, que fue un gran señor feudal, con ejércitos y tierras propias, y que se alzó en favor de la colonización francesa de Marruecos



BEN BARKA

contra el Sultán Sidi Mohammed, padre de Hassan II. Mohammed V y Hassan II dieron el «ammam» (el perdón) a la familia Glaui. Francia borra sus acusaciones contra el general Oufkir. Pero nadie perdonó a Mehdi Ben Barka. Jefe de la oposición de izquierdas (no comunista) de Marruecos, Ben Barka, había sido preceptor del Rey Hassan II. Era profesor de Matemáticas y un excelente economista. Su desaparición y asesinato pasarán probablemente a la lista de «asuntos sin resolver» de la policía francesa.

PANAMA

EL VIAJE DE IDA Y VUELTA DEL GENERAL TORRIJOS

Se dice que el general Torrijos planeó y provocó el golpe de Estado contra sí mismo. Es decir, que sabía que los coroneles Ramiro Silvela y Amado Sanjur lo preparaban, pero que no se hubiesen atrevido

si no se les hubiese dado coyuntura favorable. Torrijos se la dio. Se fue de viaje a Méjico, pero dejó unos organismos de seguridad montados y preparó su viaje de regreso. Todo sucedió como lo había